

APÉNDICE.

CATOLICISMO.

SU NECESIDAD PARA LA PERFECTA FELICIDAD PÚBLICA.

Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vite, quæ nunc est, et futura.

La virtud sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente, y de la futura.

(I TIM. IV. 8.)

De nada serviría llorar algunas veces los desastres y las calamidades que han asolado la Europa, si ésta no abjurara los perversos sistemas que podrian acarrear nuevas desgracias. Las malas doctrinas, fueron las que todo lo conmovieron; sean, pues, las buenas las que todo lo consoliden. Penetrado de esta idea, voy á exponer algunas consideraciones acerca del espíritu irreligioso de nuestros tiempos modernos, para que se conozca cuanto debe temerse que destruya el reposo y la libertad de los pueblos, y cuanto importa para la felicidad pública contener sus funestos progresos. Vosotros deseais, sin duda, diremos á los enemigos de la religion, ver establecerse en nuestra patria unas instituciones durables que afiancen la tranquilidad pública, que preparen en lo presente un porvenir feliz, y precavan las disensiones, las turbulencias civiles, la anarquía y los males que á ésta se siguen; en una palabra, deseais ver fundarse el orden público: pues bien; sin la verdadera Religion, no puede haber orden público; primera reflexion. Vosotros no querreis medidas arbitrarias, sinó el imperio de la ley, y que bajo de su égida disponga cada uno libre-

mente de su persona, y use de sus bienes y de sus derechos; en una palabra, deseais ver fundarse la libertad para todos: pues bien; sin la verdadera Religion, no puede haber libertad pública; segunda reflexion. Tal es la division de este discurso, sobre la necesidad de la Religion para la felicidad social; materia importante, que yo me complazco en tratar ante aquellos mismos que pueden ejercer una influencia tan favorable sobre lo futuro como sobre lo presente. El que no emplea sus conocimientos en hacer triunfar la verdad y la virtud, desconoce su vocacion, y profana los dones que ha recibido del autor de todo bien; debe tener siempre presente que el talento, así como el poder, no ha sido dado al hombre sinó para el bien de sus semejantes, y que tan prohibido le está abusar del primero para corromper, como del segundo para oprimir. Imploramos ante todo los auxilios de la gracia, por la mediacion de la Virgen santísima. A. M.

1. Si hubiéramos de dar oídos á ciertos novadores modernos, que han impugnado con un éxito deplorable las creencias más arraigadas en las naciones cristianas, y muy frecuentemente hasta aquellas verdades primarias que todos los pueblos han mirado como sagradas, creeríamos que ellos solos han conocido el secreto de perfeccionar el mundo social, y de establecer la libertad pública. Pero caminemos á la luz de la antorcha de la razon y de la experiencia, y veremos que es imposible que en una nacion prevalezca el espíritu irreligioso de que semejantes novadores han tenido la desgracia de hacerse apóstoles, sin que cause la ruina del orden público y de la libertad. Procuremos aclarar esta verdad de modo que sea perceptible á todos.

Yo convengo en que los estragos de la irreligion son poco notables cuando sólo la profesa un pequeño número de hombres, ó se halla confinada en algunas obras poco comunes; es una levadura funesta que no ha fermentado aún bastante para viciarlo y corromperlo todo; sucede tambien que muchas veces los hombres irreligiosos se ven contenidos en sus malas opiniones por antiguos hábitos, y que, dominados sin advertirlo por la impresion de las ideas cristianas, recibidas en la primera edad, son, por una feliz inconsecuencia, ménos malos que sus sistemas. Pero supongamos que esas doctrinas de la impiedad, salen de entre las nubes que las cubrian para manifestarse al público; que, consignadas en libros extendidos entre toda clase de lectores, llegan á ser la opinion dominante del mundo sábio y literario, de los ricos y de los grandes; que alcanzan á inficionar á los padres de familia, á los maestros de la juventud, á los magistrados, á los depositarios del poder, y que, por medio de progresos insensibles,

pasan desde las ciudades á las cabañas, haciéndose así más ó ménos populares. ¿Será posible no concebir entónces vivos temores y no temblar por el reposo de la sociedad? La irreligion, con sus máximas atrevidas y cómodas, remueve en el corazon de los pueblos todas las pasiones desordenadas, los hace más inquietos y más indóciles, los irrita contra el yugo de las leyes y de la autoridad, relaja todos los vínculos domésticos, y de este modo prepara la discordia y el desorden en las familias y en la sociedad. Es una verdad reconocida por los buenos ingenios de todos los tiempos, consagrada por la experiencia de los siglos y por la autoridad de todos los legisladores, y ya trivial en cierto modo á fuerza de repetirse, que la sociedad se funda en la ley, la ley en la moral, y la moral en la Religion; ¿y cómo no amenazará ruina el edificio social, cuando están conmovidos sus mismos cimientos?

¡Qué! señores; si aún en aquellos pueblos donde la Religion ejerce más su imperio saludable para el bien de la humanidad, y en donde por su feliz ascendiente sobre las almas, precave mayor número de injusticias y atentados, aplaca más ódios y afianza más el respeto á las leyes y á la autoridad; si aún en éstos causan las pasiones demasiados estragos; ¿qué sería si se les quitase la Religion, que es la barrera más fuerte que se les puede oponer? Entónces, á todos los excesos que la Religion no evita á causa de la malicia de los hombres, se reunirían los excesos aún más numerosos que efectivamente impide por su divina y secreta influencia; se harían más comunes en todas las edades y en todas las clases los desórdenes de todo género, y, corroido el cuerpo social por esta levadura de corrupcion y de impiedad sediciosa, amenazaría una disolucion universal. Es fácil hacer en un libro una enumeracion minuciosa de todos los males á que la Religion ha podido servir de ocasion ó pretexto por el orgullo ó la ambicion de los hombres; pero ¿por qué se ha de echar un velo sobre los bienes inmensos de que ella es origen por sus máximas y su espíritu? La sociedad goza de sus beneficios casi sin advertirlo. Los buenos sentimientos que introduce en las almas, la compasion y la generosidad que inspira, los consuelos que derrama, son cosas que se escapan á nuestra vista; pero su accion no es ménos real porque sea secreta: es como ese calor vivificante que, sin hacer perceptible su influencia, anima la naturaleza y hace germinar las plantas y madurar los frutos. Se dice muchas veces lo que ha llegado á ser un pueblo por el abuso que en él se ha podido hacer de la Religion; pero es preciso conocer tambien lo que el mundo social llegaría á ser sin ella. Diré, pues, valiéndome aquí de las palabras de un orador ilustre: «La Reli-

gion es la vida del cuerpo político; no le queda más alternativa que conservarse con ella, ó disolverse sin ella.»

No lo dudeis, sin la Religion, veríamos ahora más que nunca turbadas las familias por la discordia y el libertinaje, los esposos sin union, los hijos sin respeto y los criados sin fidelidad; veríamos más que nunca esos séres desnaturalizados, que, libres del freno de una educacion religiosa, aprenderian desde su más tierna juventud los ardidés y la audacia del crimen, y presentarian á los tribunales horrorizados el más espantoso de todos los espectáculos, el espectáculo de los crímenes en la edad misma del candor y de la inocencia; veríamos á unos malhechores que, deponiendo el temor á la justicia divina, y calculando á sangre fría la corta duracion del suplicio, marcharian al patíbulo, llevando sobre su frente, no la palidez y la vergüenza del crimen, sinó casi la calma de la virtud, y dando así al pueblo el horroroso ejemplo de un culpable que muere sin terror y sin remordimientos; veríamos á unos hombres que se arrojarian á los proyectos más inicuos, más insensatos y acaso más desastrosos para su pátria, con la idea de que todo termina en el sepulcro, y que, en caso necesario, podrian sustraerse al castigo y al oprobio por medio del suicidio. En fin, sin la Religion, se verian más que nunca por todas partes egoistas, que, apartando su vista de los bienes de la vida futura, apetecerian con mayor ardor los de la vida presente, serian más devorados de deseos ambiciosos, ménos sensibles á los males ajenos, ménos capaces de sacrificios generosos, y más inclinados á todos los desórdenes, que son la plaga de los Estados como de las familias. ¡Ojalá que yo no hiciese aquí más que una pintura de males imaginarios, y que de ningun modo se hubiese realizado entre nosotros! ¿Pero no podré apelar al observador, al hombre público, al magistrado, á los que están armados de la espada de la ley contra los malhechores, y preguntarles si no es cierto, que la decadencia de los sentimientos religiosos ha hecho más comunes y precoces toda suerte de desórdenes y de delitos? Y para llamar las cosas por su nombre, ¿no es cierto que se han visto aumentarse de una manera horrorosa los escándalos del suicidio, del infanticidio, del concubinato, de los hijos ilegítimos, y de aquel crimen que tanto se resiste á la naturaleza, que un legislador de la antigüedad creyó deber suponerle imposible?

Vosotros los que, á mediados del último siglo, levantabais la voz con el estruendo de la trompeta para predicar el odio y el desprecio de la Religion, vosotros habeis reclamado como vuestra la gloria de haber curado el cuerpo social de una enfermedad violenta, de los

excesos del falso celo, en una palabra, del fanatismo; y ¡no veiais que depositabais en su seno gérmenes de ruina y de muerte! Con vuestros sistemas no habria ya fanatismo religioso, convengo en ello, pero habria los desórdenes más monstruosos, los vicios más innobles y más viles, el egoismo más roedor, y la depravacion más refinada, hasta que sueltos; en fin, todos los vinculos sociales, se viese estallar el fanatismo de todas las pasiones desencadenadas. El fanatismo religioso turba la sociedad, la impiedad la mata: el primero, es un huracan que agita, mutila y arranca las ramas del árbol más vigoroso; la segunda, una llaga secreta que corroe hasta sus raíces; y se puede decir bien, con un famoso escritor, que la indiferencia filosófica, es la tranquilidad de los sepulcros, más destructora que la guerra misma.

Y no por esto creamos (haré de paso esta observacion) que el ateismo se manifieste sólo por la indiferencia, el desprecio ó el olvido de la Religion, nó; tambien tiene sus furores y sus persecuciones. Juan Jacobo Rousseau, á quien nada costaban las paradojas más inconsideradas, ha creído poder decir que el ateismo no hace derramar sangre; pero á nuestra misma vista ha desmentido bien palpablemente la experiencia esta asercion. Jamás la sangre humana ha corrido con más abundancia que bajo el reinado del ateismo. No lo extrañemos: cuando apénas se mira á la especie humana sinó como á una familia de plantas ó una raza particular de animales, ¿deberá sorprendernos que se la trate con desprecio, y se consideren sus dolores y su muerte sólo como un juguete? Asemejando el hombre á los brutos, es natural acostumbrarse á tratarle como á ellos; y este hábito de barbarie será tanto más sistemático, cuanto que, exento del temor de la justicia divina, no conoce los remordimientos: por esto es ciertamente á los ateos á quienes con particularidad se aplican más literalmente estas palabras del Sábio (PROVERB. XII, V. 10): «Las entrañas de los impíos son crueles.» *Viscera impiorum crudelia.* El mismo Voltaire lo habia presentido cuando decia: «Si el mundo estuviese gobernado por ateos, seria lo mismo que estar bajo el imperio inmediato de aquellos séres infernales que nos pintan cebándose en sus víctimas.»

Yo bien sé, que el mayor número de incrédulos retroceden desfavoridos á la vista de los horrores del ateismo, y que se glorian de reconocer un Dios y aún de celebrar sus grandezas; éstos son los deistas. Pero, señores, de buena fé, ¿creeis que el deismo, aunque ménos funesto si se quiere que el ateismo, sea suficiente para mantener el orden público? Decidme, ¿qué idea se forma el deista acerca

de Dios y de su providencia, de su bondad y de su justicia, de sus castigos y de sus recompensas en la vida futura? Sus nociones acerca de esto ¿no son vagas é inciertas, y dependientes de sus pasiones y caprichos? ¿Qué reglas de conducta pueden derivarse de su opinion, ni qué apoyo pueden hallar en ella la moral y la sociedad? ¿Qué diferencia advertís entre el ateo y el deista? Si comparais su conducta habitual, ¿no es acaso cierto que el deismo en su teoría se asemeja demasiado al ateísmo práctico, y que en ambos existe casi el mismo olvido de la Divinidad, de todo deber y de todo homenaje para con ella, así como de todo esfuerzo y de todo sacrificio para agradaarle? ¿Y no tenía Bossuet fundamento para decir, que el deismo no es más que un ateísmo disfrazado? Es preciso, señores, observar que siempre ha presidido á todas las sociedades civilizadas una Religion cualquiera, más ó ménos perfecta: esta es una regla invariable, que no ha padecido ni una sóla excepcion desde que el sol ilumina al mundo; y á la verdad, que no nos pertenece á nosotros desmentir la sabiduría de los siglos. Pero por Religion han entendido siempre los pueblos, no algunas opiniones especulativas y estériles sobre la Divinidad, sino un conjunto de creencias, de deberes y de homenajes piadosos, y de esto se componen las cadenas invisibles, pero poderosas, que no unen á los hombres con Dios su padre comun, sino para unirlos más estrechamente unos con otros. Confesemos, pues, que el deismo no es más que un fundamento ruinoso para el orden social: es una opinion, y no una religion.

2. Pero para hacer conocer más y más la necesidad de la Religion para la felicidad pública, establezcamos de una manera más especial, que, sin la Religion, es imposible fundar la libertad de una nacion.

¿En qué consiste que ciertos espíritus de nuestros dias miran con serenidad la decadencia del cristianismo en Europa, y parecen profetizar con tanta alegría como confianza su entera y próxima ruina? A mí se me figuran unos hijos que se alegran de los progresos de un incendio cuyas llamas amenazan reducir á cenizas la casa paternal. Cual haya de ser la suerte de la Religion en Europa, es un secreto de Dios, que no nos está concedido penetrar. Pero, en todo caso, no temamos por ella, temamos por nosotros mismos; la venganza más terrible que podría tomar de nuestros insultos y desprecios, sería la de huir léjos de nuestras comarcas, llevándose consigo las prendas más seguras de la paz y de la prosperidad pública, y dejándonos entregados á las tinieblas y á los vicios de la barbarie, á esos desórdenes y excesos que, envileciendo las almas, las amoldan á la esclavitud, y á

aquella anarquía á la que sigue el despotismo. Yo supongo que el cristianismo llegase á extinguirse entre nosotros; que, en lugar de esta Religion positiva, que fija y reúne los entendimientos en una creencia comun, señala á todos reglas terminantes para conducirse, y se apodera del hombre todo entero por la fuerza de su verdad, no quedase más que un *espiritualismo* vago é incierto, y casi sin ninguna influencia sobre los sentimientos y las acciones. ¿Cuál sería el resultado? Privados entónces los gobiernos del medio más poderoso de contener á los pueblos en la sumision y el deber, tendrían necesidad de oponer á males extremos, remedios no ménos extremos. Cuanto ménos reprime la Religion, tanto más tienen que reprimir las leyes civiles. Sí, señores; si desapareciese la Religion, se desenfrenarían con mayor furia todas las pasiones; y para reprimirlas sería preciso recurrir á los medios más violentos, porque sólo ellos serían eficaces: entónces la justicia consistiría sólo en la fuerza, la tranquilidad no se hallaría sino en la esclavitud, y las naciones irreligiosas vendrían por último á expiar en las cadenas su atrevida rebelion contra la Divinidad.

Para dar más extension á nuestro pensamiento, comparemos por un instante los felices efectos del cristianismo con los resultados inevitables que tendría el triunfo de la impiedad. Antes que la luz del Evangelio disipase las tinieblas del paganismo, ¿qué espectáculo presentaba aún el pueblo más civilizado? ¿No es evidente que la esclavitud era la condicion comun del género humano, y que sólo un pequeño número de personas disfrutaba de libertad? En ninguna parte, en efecto, vemos que los antiguos legisladores hayan concebido el pensamiento de conciliar la libertad de todos con la felicidad de todos: en Esparta, en Atenas y en Roma, se veía al lado mismo de la libertad una esclavitud espantosa. Yo no sé que los filósofos antiguos hayan reclamado nunca contra un desorden en cierto modo legal, aunque tan escandaloso: sólo, pues, al cristianismo estaba reservado contenerle, hacerle por fin desaparecer, y realizar la alianza de dos cosas que parecían inconciliables, la tranquilidad pública y la libertad universal.

Es cierto que Jesucristo no vino á dar á los hombres lecciones directas de política, ni á trazar á los pueblos una forma determinada de gobierno. El Evangelio ha ilustrado y santificado las repúblicas lo mismo que las monarquías; pero, por sus máximas y su espíritu, aproxima unas á otras las clases más desiguales, inspira los sentimientos más tiernos y generosos, consuela la desgracia, reprime fuertemente todos los vicios, y consagra todas las obligaciones domésticas y civi-